

Claridad y oscuridad en el proceso creativo

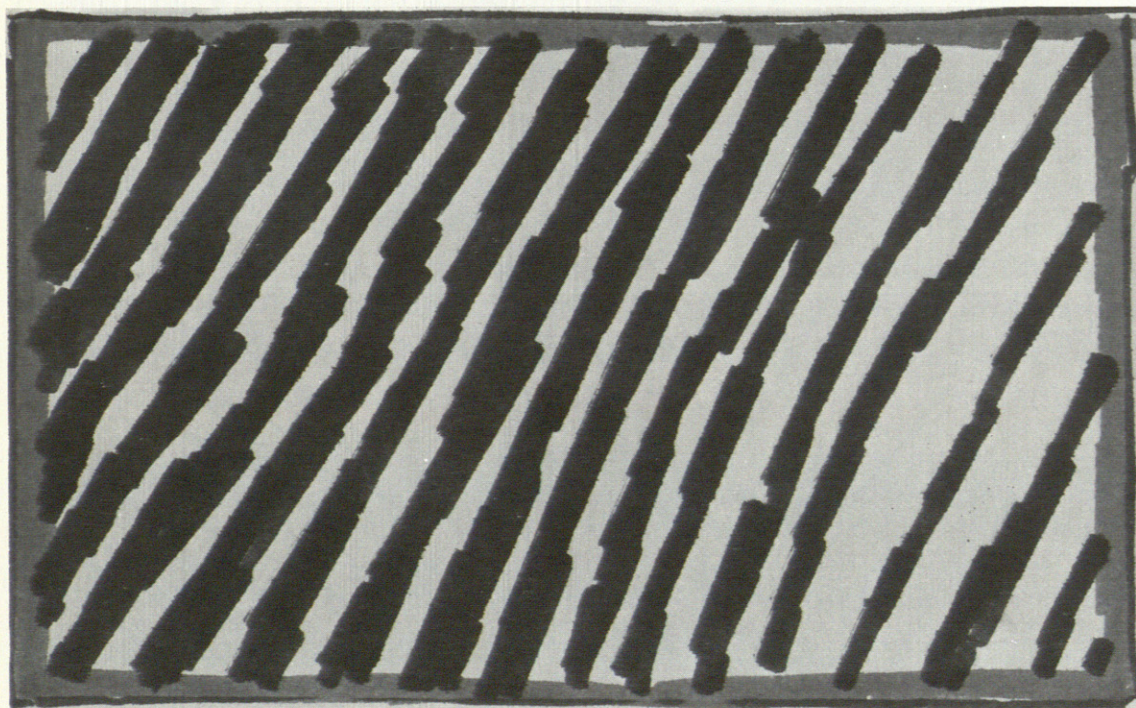
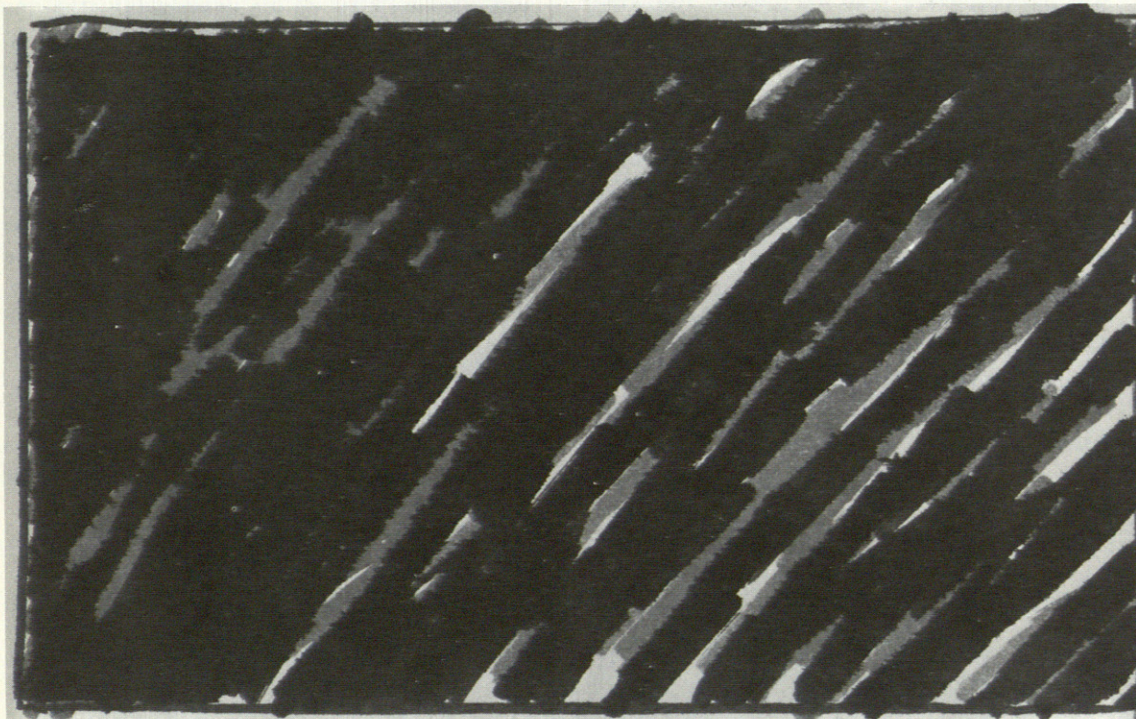
MUCHAS veces he pensado en el porqué y cómo del proceso creativo desde el punto de vista del artista, porque siempre se ha estudiado desde «fuera», desde el intelectual que se acerca y analiza de forma más científica este tema. Para mí ha sido siempre de interés el saber como piensan los que viven este proceso desde dentro, y al verme yo dentro me he preguntado que ¿por qué, uno selecciona una particular forma de expresión y no otra, por qué es el proceso común en todos los artistas, por qué unas estructuras determinadas y por qué son tan precisas y medidas? También pienso en el hecho individual de mi propia creación en un contexto más amplio, que es el de otros artistas. Creo que sabemos de forma segura e indiscutible que en este «proceso creativo» hay un orden y un método y que este orden es parte esencial de cualquier actividad, y desde luego de toda actividad creadora. Sabemos, gracias a los «científicos», que todo arte tiene su propia lógica y su propio equilibrio y tiene una estructura precisa y medida si no siempre de forma premeditada, sí a veces involuntaria. ¿Y qué es lo que busca el artista a través de este proceso? Busca, entre otras cosas una ordenación, una estabilidad y un equilibrio. No me refiero, ni aludo, a equilibrios aislados, ni psíquicos, ni afectivos, pero sí quiero aquí agruparlos todos y decir que el artista busca en el equilibrio formal, que es a su vez una síntesis de todo un conjunto, que incluye aquellas experiencias más aisladas y más generales que son el pensamiento, las emociones, experiencias, recuerdos, sensaciones... en suma, el proceso creativo surge por una necesidad de equilibrar a través de la síntesis todo un proceso vital y la obra de arte es el producto final de una última síntesis, y digo «última» en el sentido histórico: «última» en el tiempo. Creo que es revelador el hecho de que el artista está finalizando, en cada una de sus obras, un conjunto de experiencias. Al acabar una obra está *concluyendo* algo y esta acción, la de

concluir, la repetirá constantemente a lo largo de su vida. El que no es artista no tiene esa, a veces obsesiva, necesidad de concluir intencionada y conscientemente condensando una y otra vez la propia experiencia. Son como muertes repetidas, retos y aproximaciones a aquello que no tiene fin, que sí tiene comienzo, pero que no se repetirá. También se podría comparar con el orgasmo porque tanto éste como el arte son experiencias en las que la síntesis es parte fundamental. El orgasmo es la síntesis de una experiencia específica, el placer, y el arte es la síntesis de una experiencia más amplia y general; la síntesis individual de un hecho colectivo que es el proceso vital desde la vida hasta la muerte.

Es importante insistir aquí en el carácter particular de cada obra y esta singularidad requiere la presencia en la conciencia o memoria del artista de todo su pasado como hombre, de su pasado artístico suyo, particular, de todas aquellas imágenes que dejan huellas esenciales, de las emociones siempre presentes, de la luz, del sonido, y también (pido tolerancia a los incrédulos) incluso, de la memoria del pasado del hombre, de lo que llevamos recorrido, también lucidez en cuanto a lo que hay que recorrer. Estoy segura de que el artista tiene capacidad de «visionario», porque ha demostrado tenerla con una desarrolladísima memoria sabiendo mejor que nadie como «ver», y donde mirar. Se puede ser «visionario» del futuro y se puede acertar el pasado pero lo que interesa es interiorizar al máximo para poder tener esa *visión* o imagen que surgirá de dentro que es como un destello instantáneo. No me tienta decir «iluminación» por todo lo que esa palabra tiene de resonancias y pienso que es afortunadamente y siempre en el mejor de los casos, una inundación de claridad. Aquí aparecerán los símbolos, aquellas señales que pueden llegar a ser las más abstractas que es lo más aparentemente lejano a lo simbólico, esto nada tiene que ver con el símbolo surrealista, sino más bien es un có-

digo personal de imágenes que de algún modo son también con ellos presencias, muchas generalizadas y extensibles a otros hombres comunes a todos y por lo tanto compatibles con ellos. Es siempre «obligatorio» hablar de símbolo/sueño. Y aunque el símbolo/sueño y el símbolo/arte tienen procesos comunes (los de la síntesis y condensación), esta última relación está más ligada a la voluntad mientras que en el sueño esa condensación ocurre sin la presencia aplastante a veces indignante y opresiva y también esencial de la voluntad. ¿Qué relación hay entre voluntad/inspiración? La hay y grande y el artista lo sabe y lo maneja, aunque no siempre lo domina. Hay que dejarle su lugar debido a la «inspiración» que sabemos *qué* es sin saber siempre *dónde* está. Hay que saber dejarla tranquila, adormilada y pasiva pero sabiendo también cómo despertarla y forzarla, exprimirla y exigirle siempre lo mejor; que la imagen quieta se convierta en acción. Así se rompe la pared. Creo que la presencia de esa imagen quieta e interna, sin elaborar pero clara nos lleva las primeras veces que surge, a tener que decidir si seguiremos este camino intentando perfeccionar el proceso de síntesis. Hay un momento en el que hay que tomar una decisión y ésta no tiene que ser consciente necesariamente, pero cuando está tomada nos comprometemos con algo que dominará todas nuestras actividades, algo que invade al artista y que de alguna forma también convertirá al artista en invasor porque el arte siempre perturba. Es cierto que tenemos ambición y vanidad pero la aventura en la que estamos metidos es peligrosa e interesa sólo si es peligrosa. Una vez dominado el vértigo, la búsqueda, la conciencia, las intuiciones, los aciertos, todo esto hace que merezca la pena. Es una aventura como otra cualquiera pero cuando esa síntesis, de la que hablaba antes se consigue, cuando llegamos a irrumpir en el silencio nuestro y en el de otros, eso es tan perfecto como la mañana, dorada y callada sin perros.

Gloria García



No podíamos escribir sobre «proceso creativo» sin hablar de «transcender» —es curioso como siempre hay ideas-palabras-imágenes que van unidas: proceso creativo-inconsciente-símbolo-sueño-proceso creativo-transcender-muerte. Me parece interesante acudir aquí a una definición de la palabra *TRANSCENDER*, en esta definición no aparece para nada ese sentido de «transcender en la historia», sentido que para la gente es el más conocido, y que también juzgando por lo que dicen los demás es una condición deseada por los artistas. Esta es la definición del Diccionario Enciclopédico Abreviado, Espasa-Calpe:

TRANSCENDER: «Exhalar olor tan vivo y subido que penetra y se extiende a gran distancia. Aplicase generalmente al bueno. Empezar a ser conocido o sabido un hecho o especie que estaba oculto. Extenderse o comunicarse los afectos de unas cosas a otras, produciendo consecuencias. Penetrar, comprender alguna cosa que está oculta. Aplicase a toda una noción que no es género, como acontece con las de unidad y ser y también en el sistema Kantiano, traspasar los límites de la experiencia posible.»

Me parece que ésta es una definición sabrosa de la palabra *transcender* y ciertamente encierra y apunta unos contenidos que son aplicables al proceso creativo. «... traspasar los límites de la experiencia posible». Supongo que no es ortodoxa mi interpretación de algo tan complejo como el sistema Kantiano pero recogo esto porque me sirve en el análisis «por encima» de todo este tema. El *arte* indudablemente traspasa los «límites» de la experiencia posible porque es arte a *partir* de su exclusión, cuando deja de ser insertable dentro de la experiencia real. Yo diría también que surge como necesaria respuesta a aquello que es la experiencia cotidiana y «posible y que sabiéndolo imposible (como alternativa real a la experiencia cotidiana) la asumimos como tal y como tal la proponemos, la mostramos, nos adherimos a ella, la firmamos y a ella

estamos irremediablemente unidos. Es precisamente esta cualidad de lo «imposible» entre otras cosas, lo que caracteriza el arte, y el arte es en efecto un anhelo, quizá, de acercarse a nuestra propia y anecdótica libertad y a través de ella, quizá ya sin tanta esperanza acercar a los demás a percibir en ellos esos...

Este anhelo de libertad que creo es también importante componente del proceso creativo, deriva de la necesidad que tiene el artista de entrar en aquellos campos donde las fronteras son lejanas, donde los vacíos y los abismos son enormes; son éstos los lugares que el artista busca y esa casi ausencia de obstáculos, esos espacios donde apenas se percibe la perspectiva, de profundos que son, son los que buscamos y donde nos sentimos a gusto. Ahí es donde queremos entrar y en ese sentido es el proceso creativo an-

helo de libertad. Necesidad de penetrar y dominar esos terrenos donde los límites, no son imposiciones sino elecciones que tiene que hacer el propio artista.

El arte desde el «impresionismo» hasta los años 40, de nuestro siglo, se hizo desde fuera y lo hicieron las vanguardias. Nosotros hoy no pertenecemos a los perímetros no se trata de que sea más o menos fácil hoy que ayer pero hoy, es cierto, vivimos en una sociedad que ha asumido el arte, que lo ha incluido y no hay forma de expresión que aparte ni haga pestañar a ningún director de museo, crítico o dueño de galería. Todo está permitido y hay lugar para todos y se vuelve a formas de expresión que dependen menos de «artilugios», tecnologías, especialistas, quizá porque nos hace falta poder intervenir de forma más inmediata y más directa, más rápida y gratificadora, creo que

hoy estamos dispuestos a coger las herramientas tradicionales de nuestra profesión y empezar a partir de los desengaños con una nueva intensidad, en el color y en la forma. Ya no existen las vanguardias como las de antes pero sí hay y siempre habrá ARTE; arriesgado, valiente, ruidoso o silencioso y perturbador.

El arte está vinculado a lo imposible: a la fe, a la necesidad de devolver condensadas las experiencias y la memoria, la individual y la colectiva, el símbolo en su sutil e innegable presencia, el renacer de la voluntad de forma repetida, la tentación de la aproximación al mal, la negación del final. Destruimos desesperadamente cada vez y construimos con cenizas dejando que el amarillo invada. ■

Gloria García

